

## Monte

*Para el que mira sin ver, la tierra  
es tierra nomás.*

Atahualpa Yupanqui

## Identidad

“El estilo argentino no existe.” Hablábamos de antigüedades y así de tajante era la respuesta a mis preguntas iniciales. Y lo afirmaba gente supuestamente entendida e innegablemente culta. Comenzaban los años 80. Terminaban el siglo y el milenio, y yo, incómodo con la idea de una globalización que nos dejaba como siempre en la periferia, buscaba una identidad, un gesto inconfundiblemente propio, una esencia que fuese nuestra y de nadie más.

Me lo decían desde que comencé a trajinar mi oficio de anticuario:

“en la Argentina las antigüedades están circunscriptas al legado europeo. A lo sumo, podrá aparecer alguna pieza colonial de platería eclesiástica, común a toda Hispanoamérica, o bien alguna curiosidad heredada de los próceres...”.

Todavía muy pocos hablaban de ponchos y platería pampa, y lo hacían como si estos fueran vestigios de pueblos conquistados, más que tesoros de raíces inexploradas. Cosas que un porteño podía seguir mirando como ajenas, con un desapego pulcramente alejado de “su cultura”, a la que tanto más naturalmente se acomodaban hasta las más mediocres réplicas de algún mueble de estilo europeo.

La posible argentinidad se ampliaba en el mundo de las artes plásticas. Para la pintura no existía ese prejuicio y hasta se invocaba como propios a los pintores viajeros del siglo XIX, todos europeos, incorporándolos a la historia del arte nacional con pomposidad de patrimonio. Al inexplorado arte precolombino de estas tierras apenas si se lo mencionaba por considerárselo, en el mejor de los casos, un arte menor.

¿Qué cambios pueden percibirse hoy en nuestra mirada sobre nosotros mismos y nuestra cultura? En estos días en que festejamos nuestro bicentenario, sorprende verificar en las imágenes porteñas de 1910 la ausencia de una identidad sudamericana en esa Argentina que tanto se esforzaba por parecer europea. Ciertamente hay hoy una mayor conciencia acerca de la existencia de los pueblos originarios y su aporte al crisol de nuestro mestizaje, pero sin duda nuestra mirada sigue fundamentalmente enfocada en los componentes europeos de nuestro criollo “ser nacional”. Así como se negó desde siempre la cultura árabe llegada a estas tierras con los primeros españoles, así se sigue obviando también una reflexión más profunda acerca del componente indígena de nuestros primeros criollos.

Ahora bien, si como base de identidad aceptamos algo que todos nosotros, argentinos, tenemos en común, sin duda lo común a todos nosotros es esta tierra. Este preciso lugar en el planeta. Esta geografía y esta particular naturaleza. En definitiva, este espacio que algunos, en la confusión de los mapas, se acostumbraron a ubicar en un lejano sur aislado, olvidando que, para nosotros, este es el centro del mundo. De nuestro mundo.

Y ¿quién podría comprender mejor este espacio y esta tierra que aquellos que la habitan desde hace siglos, aquellos cuya adaptación a esta naturaleza proviene antes de su instinto que de su razón, y cuyo conocimiento es ya puro saber encarnado?

### **Algo de historia**

Y es que hay que sentir el golpe del hacha. Hay que sentir para comprenderlo todo. El golpe seco, la madera dura que cede, el ruido atronador del árbol que cae y el tiempo suspendido en el silencio de los pájaros. La fabulosa energía de un ser humano luchando por su espacio.

El primer sendero se abrió así, a golpe de hacha, cuando el trabajo y el andar eran lenta ceremonia y el Camino Real, todavía un sueño. Atraídos por la fertilidad que los ríos del monte dejaban al anegar sus orillas, desde hacía siglos convivían allí, mestizando sus lenguas y culturas, pueblos de diversos orígenes. Habían llegado del norte, desde la cordillera del Incario; del este, desde los bosques del gran Chaco, y algunos también desde las sierras del sur.

La indiada iba y venía, no se quedaba. Bordeaba los ríos, aprovechaba los frutos de las crecidas, perseguía la guazuncha o juntaba la miel, pero se iba. Solo cuando llegó el español y la mujer india lo hizo padre, ese lugar fue lugar para quedarse y allí nacieron los primeros criollos y nació la patria.

Con el tiempo algunos hombres dejaron atrás el monte y cruzaron las sierras rumbo al sur, hasta que aparecieron los inmensos pastizales, la

llanura y el desierto verde. Entonces el paso lento en aquel monte cerrado de espinas devino en galope a cielo abierto y el golpe seco de las hachas se olvidó, silenciado en chistido de facones. Pero la de Buenos Aires y los gauchos en la Pampa es otra historia. ¿Quién quedó en aquel monte del origen, en aquel laberinto de sombras y silencio? El indio dirán, como han dicho siempre, sin recordar que el criollo hizo también de aquel monte su tierra y su morada; del monte hizo cobijo, y de la naturaleza, don. Con tierra y árboles levantó las primeras casas y con aquella hacha y a lo mejor una azuela o un cuchillo nacieron los primeros muebles, siempre con más paciencia que herramientas y con mucho más talento que academia.

Los siglos de la Colonia dejaron sus huellas y sus oficios. La patria se fue haciendo grande, pero las casas siguieron siendo chicas y los recursos, pocos. Hacia fines del siglo XIX llegó el ferrocarril y junto con las esperanzas del progreso, los aires de “la modernidad”. Los trenes ingleses y franceses trajeron al monte los nuevos estilos del mundo y, tal como sucedió con los diseños para los textiles, a lo largo de todo el siglo XX, las imágenes en las revistas y los folletos de los cursos por correspondencia, además del mobiliario “novedoso” en los pueblos y estaciones, fueron primero modelo a copiar y luego, para los más creativos, una nueva fuente de inspiración.

Acompañando los innegables beneficios del progreso, comenzaron también los grandes desmontes, y para cuando terminaron el siglo XX y el milenio, ya poco quedaba de aquellos bosques del inicio. Todavía podíamos reconocer en su gente las amables formas heredadas de los modales cortesanos, pero de los indios del origen apenas si quedaba nuestra sangre. Hasta los trenes habían desaparecido.

Todo parecía haber cambiado definitivamente con la llegada del asfalto, las maquinarias rurales, la telefonía celular y la televisión satelital. Algunas cosas, sin embargo, seguían igual que siempre: esa notable incapacidad de los gobiernos para evitar el desmonte irracional y proteger efectivamente nuestros bosques.

### **Los dilemas del presente**

Este trabajo no propone retornar a paraísos ya perdidos. Se prefirió la soja transgénica a la natural algarroba, el salitral, a la sombra descansada, y la barriada suburbana al monte adentro. Una vez más, invocando al “progreso”, esta vez con la torpe ilusión de extender la pampa fértil, la codicia de las topadoras sojeras arrasa con la imaginación de otros posibles mañanas, y puede más la lógica corta del dinero en mano que el resultado incierto del estudio de aquellos bosques milenarios.

Y somos nosotros, los argentinos de los albores del siglo XXI. Todos sabemos hablar de ecología y del calentamiento global, del desarraigo y los otros desastres del desmonte, pero lo hacemos lo mismo, o lo dejamos hacer con nuestra mediocridad y nuestra desidia. El hombre de las ciudades no comprende de dónde llegan las oleadas de gentes a sus suburbios. Desde hace décadas observa el drama ocupacional siempre desde el síntoma y nunca desde la causa. Acaso espera que aquella gente cuya cultura desvaloriza y sobre cuyas tierras avanza se integre sumisa e invisible o desaparezca en el aire como por arte de una magia oscura e indolora. Una lógica propia de una mente voraz que, en su búsqueda insaciable de “seguridad”, obtiene para sí todo lo contrario de lo que pretende.

Sigo pensando lo mismo que escribí en *Un arte escondido*, en 1998, y en *Teleras*, en 2006. La solución depende de cada uno de nosotros y de nuestros actos particulares en cada rincón de tierra que podamos cuidar. Dejar esa tarea solamente en manos del Estado o de las instituciones es comodidad frívola e inconsciente, cuando no, lisa y llanamente, ignorancia, negación o pereza.

Este libro pretende rescatar algunos vestigios de aquel saber arrasado e iluminar algunos frutos de aquella cultura montaraz. Sirva al menos como agradecido homenaje para aquellos criollos que forjaron una identidad sin buscarla, y aunque hecho añicos, un espejo todavía fiel y verdadero. Quiera el destino que este trabajo no confunda al lector interesado en el diseño. Estas piezas, con toda su belleza, no son más que el dedo que señala la luna; apuntan en una dirección, nos recuerdan un sentido. Si en algo nos conmueven, enfrentarnos al origen de esa conmoción será, pues, la función de su arte. A mí me remiten a un tiempo y a una gente que supo vivir modestamente y en armonía con la naturaleza. Aun la más agreste, la más dura, la más seca, la de una aridez casi bíblica. Y que aprendió a cuidarla sin agotar ni destruir su suelo, y no pidiéndole más de lo que el universo había diseñado para ella. Un tiempo en que los hombres habían aprendido a vivir en y con la naturaleza, y no de ella. A mi criterio no tiene demasiado sentido defender acaloradamente una cultura si calladamente se permite la destrucción del ambiente que la vio nacer, crecer, vivir y hacerse sabia. Una cultura sin su tierra es apenas gente desgajada, material de biblioteca o de museos. Yo que alcancé a conocerla feliz en sus parajes, no voy a andar hablando así de aquella gente.

Algo queda todavía del monte y de su cultura. Quedan algunas arboledas, queda la música y alguna poesía. Quedan teleras y carpinteros, y ahora está este libro para los que gustan de las formas. A mí, que dediqué mi vida a rescatarlas, me cuesta recuperar la entusiasta inocencia con que las descubría. Es más, si pudiera, las cambiaría todas juntas por un millón de árboles, con sus pájaros y flores, y mil criollos trabajando entre sus sombras, sus familias contentas, bombo y chacarera, telarcito al fondo, chiquilines corriendo una pelota y señoritas cebando dulce y con poleo.

Es justo destacar que algunos pocos luchan todavía. Hombres, mujeres, mayores y jóvenes. A ellos está dedicado este trabajo. Son los que saben que, mientras queden islotes de bosque nativo, se justifica perseverar a la espera del milagro, y sin rendirse, trabajan contra reloj junto a los pobladores que todavía no abandonan el monte, organizándose contra el abuso y estudiando el mejor modo de adaptarse a los inevitables cambios.

Generar trabajo con raigambre cultural ha resultado un método comercialmente eficaz para mejorar la calidad de vida en zonas rurales aisladas, deteniendo la emigración a las ciudades y logrando integración y verdadero progreso. En un mundo cada vez más demandante de productos orgánicos, nosotros todavía tenemos tierra virgen y manos pidiendo trabajo. Lo que en el mundo se subsidia, nosotros aquí ni lo consideramos.

¿No habrá llegado el tiempo de reflexionar sobre otras formas de desarrollo? ¿Cuándo llegará la sabiduría de consultar con humildad a aquellos que mejor conocen esa naturaleza? La experiencia realizada en años de trabajo en Santiago del Estero, en proyectos de desarrollo

sustentable, me ha demostrado que, con cuidado, mucho de aquel monte podría recuperarse en una o dos generaciones.

¿Y quién no quisiera legar un paraíso a sus nietos? ¿Cuánto esfuerzo, cuánta paciencia merece ese legado? Si podemos coincidir en que la tierra es sagrada, aceptaremos que protegerla es una obligación que demandará, necesariamente, de tiempos y criterios similares a los de cualquier otro trabajo espiritual.

**Ricardo Paz**

*Los Silencios*

Santiago del Estero,

Diciembre de 2010.